

El educador y sus fronteras. Enseñar y aprender en ellas.

José Luis Sampedro

Queridos amigos, quisiera partir de algo que creo que es una constatación, una certidumbre para todos. Es la siguiente: La de que vivimos con una sensación de desencanto, de desasosiego, incluso de crispación y descontento.

Dijo una vez Ortega: No sabemos lo que nos pasa y eso es justamente lo que nos ocurre. No me extendo en esto porque creo sencillamente que lo notamos todos. Ahora mismo se me hacia una entrevista para la prensa y me decían: bueno, mire usted, es que la gente no se interesa, pasa de todo, no se puede hacer nada,...¡Claro! porque cuando uno está ante algo que no le interesa, pues naturalmente no se apasiona y creo que con mucha frecuencia el sistema en el que vivimos no nos gusta. Lo vivimos, tenemos que vivir en él pero no nos interesa gran cosa o por lo menos no nos ilusiona.

Ahora ha salido un señor, hace ya un par de años, crece de japonés y estadounidense – ya va bien la cosa- diciendo que hemos llegado al fin de la historia. ¿Al fin de la historia?, ¿Por qué ha terminado el comunismo soviético?. Que me perdonen pero ese señor no sabe lo que dice. Primero, la historia continuará mientras la humanidad no haya terminado y segundo, él lo dice en el sentido de que el final del capitalismo del Este –y enseguida diré porque lo llamó así- es la demostración de que el del Oeste, el de mercado, tiene razón. Que ya no hay que pensar en ningún otro sistema, como si en un desafío, el hecho de que el uno mate al otro demuestre que el superviviente tenía razón, cuando lo único que prueba es que era más hábil en matar. De modo que eso me parece una memez increíble que, sin embargo, ha tenido un éxito extraordinario y que convence a mucha gente.

Lo que se ha terminado en el Este, y no puedo desarrollar con extensión este tema, es una forma de la civilización occidental, la cual emerge de la Edad Media y se extiende por todo el mundo gracias predominio técnico apoyado sobre la base de la racionalidad y la economía. Es decir, la racionalidad del sistema es esencialmente una racionalidad económica.

No puedo desarrollar ahora esta idea, pero la única diferencia que había entre el mundo soviético y el estadounidense u occidental, es decir, entre el capitalismo de estado o el capitalismo de mercado, era el grupo social que se beneficiaba del sistema, que eran distintos un uno y en otro. Por lo demás era la misma obsesión por la productividad y la misma ignorancia sobre para qué vamos a utilizar el progreso de la técnica. De modo que lo que se ha hundido es una rama del árbol capitalista; y yo pienso que la otra rama está también en vías de extinción.

Ahora bien, si se reconoce esa impresión de descontento generalizado, de desasosiego, etc.... ¿cómo se las arregla uno para vivir en un sistema que no le gusta?

Yo voy a contar mi modesta experiencia personal de hombre de la calle como ya he dicho al principio. ¿Cómo vivían, por ejemplo, los cristianos en Roma, en la Roma pagana, en la Roma que les perseguía? Bueno, pues todas las mañanas, me imagino yo, los cristianos se levantaban y el que era aguador aparejaba el burro y se iba a por agua, el que era abogado se echaba la toga encima y se iba a pleitear, etc. etc.... Pero por las noches se reunían en las catacumbas y, con la colaboración de otros factores históricos en los que no voy a entrar, se cargaron el Imperio Romano. Eso quiere decir que cuando uno vive un sistema que no le gusta, como por ejemplo el que hemos vivido aquí durante los 40 años de la travesía en el desierto de la dictadura, ¿qué haces? ¿Qué hacían ustedes cuando no permitían hablar en catalán? Hombre, pues hablar en catalán siempre que podían, como es natural.

¿Y qué hace uno? Pues como uno tiene que vivir y el sistema le impone unas condiciones de vida, pues no tiene más remedio que someterse a las condiciones. Pero, en todos esos casos, se vive siempre una doble vida. Porque uno lo que tiene que hacer es ir a lo suyo, que no es este sistema sin otro.

Hace un momento una señorita me decía, entrevistándome para la prensa, "...entonces hay que cambiar el sistema. Eso es una utopía". Claro, porque en este mundo todo lo que existe y no existió antes, mientras no existía era utopía, pero no por eso vamos a desistir de las utopías, todo lo contrario. La vida sin utopías o si quieren decir más llanamente, sin ilusiones, no sé si tiene mucho interés.

De modo que hay que vivir de esta manera. Yo puedo darles un ejemplo puesto que me refiero a enseñantes. No es que yo sea un ejemplo. Es que me he encontrado en situaciones de hacer algo que voy a dar aquí como fórmula. Yo estuve de profesor visitante en un Universidad y mi misión consistía en dar una conferencia semana l a una clase de unos cien alumnos donde explicaba economía. Luego esos cien alumnos, de acuerdo con el sistema inglés, que a mí me gusta más que el nuestro, se distribuían en grupos pequeños de diez o doce alumnos y esos grupos se repartían entre varios profesores, y no de ellos yo mismo. De modo que yo tenía que dar la conferencia una vez a la semana y luego tenía cuatro grupos a mi cargo. Con cada uno de ellos me reunía dos horas por semana. Eran diez o doce chicos y chicas a los que conocía, trataba, les hacía redactar unos ensayitos, los discutíamos, etc.... Yo explicaba en la conferencia el texto que me había señalado la Universidad. Con eso acataba el sistema y cumplía con mi deber y me ganaba honradamente mi dinero. Pero, como yo tenía no solo un deber con el sistema sino también conmigo o con lo que yo creo que es la verdad, yo tenía el deber de decir otra cosa. Entonces yo hablaba a los chicos de mi grupo, en las dos horas más o menos así. "Ustedes recordarán que les dije esto el otro día en clase. Pues bien, eso es lo que ustedes tienen que aprenderse para ganarse la vida en este sistema, como yo lo he tenido que aprender. Pero yo tengo el deber moral de decirles a ustedes que no me creo eso que les he dicho, a pesar de los gráficos matemáticos y todo lo demás. Y les voy a decir por qué no me lo creo, para que ustedes decidan lo que quieran." De modo que yo ofrecía una doble enseñanza, lo mismo que hacía una doble vida. Y la dirección de la Universidad sabía que yo o hacía, porque yo

lo había dicho y si no lo hubieran sabido de todas maneras. No engañaba a la Universidad, pero tampoco a mis alumnos.

Voy a explicar porque no me creía ciertas cosas. Por ejemplo –para no extenderme mucho- ¿por qué no me creía, como se repite todos los días, que el mercado es la libertad? No me lo creo porque el mercado es la libertad solamente si se tiene dinero. El que no tiene dinero, no tiene libertad para elegir nada en el mercado. A uno le dicen en los libros: el mercado permite elegir. Claro, con la condición que usted tenga dinero. De modo que si usted no tiene dinero, el mercado es tan poca libertad como cualquier otra forma de distribución, comunista o no comunista. Y esto, que es tan elemental, no está en los libros de texto. Esto es lo que yo no me creía en otras muchas cosas.

Pasemos ahora al problema de la enseñanza. Veo en mis notas que está la frase de “Enseñar a vivir” que yo no recordaba de mi propio trabajo anterior. Lo que creo que es clarísimo es que la enseñanza es una cosa y la información es otra. Se ha hablado mucho, y lo saben ustedes mejor que yo, de la diferencia entre información y formación. Y lo malo es que me temo que la enseñanza la han reducido a la información. Yo creo que educar no es meter en la cabeza el máximo posible de cosas. Puedo darles también dos experiencias personales, no creo que valga mucho lo que yo les diga pero por lo menos es lo que puedo darles. Una vez en la radio, en Madrid hace cuatro o cinco años, hubo una mesa redonda y vino el Director General de Enseñanza Media y, en fin, habló de las reformas del Bachillerato, etc.... Dijo que las reformas eran muy caras, muy costosas, muy difíciles, y en eso tenía razón. Pero yo le propuse una Reforma bastante más sencilla. Consistía en “peinar” todas las asignaturas (peinar quiere decir, extractar de aquí, de allá; no cortar entero pasajes, sino de cada capítulo, de cada lección, de cada programa, quitar algo y reducirlos a la mitad) y el tiempo sobrante dedicarlo a que los chicos pudieran aprender a leer, a expresarse de palabra y por escrito; porque en mi clase de la Universidad, en segundo curso de la Universidad de Madrid, llegaban chis y, en general, no sabían expresarse in de palabra ni por escrito. Y lo menos que se puede pedir, después de un Bachillerato, es que uno pueda expresarse. Yo en eso he sido muy tajante.

Y perdonen, si les doy ejemplos. Como no tengo ciencia ninguna que exponerles, pues les expongo la vida. Yo llegaba a mi clase de Estructura Económica y había cifras, como ustedes comprenderán, -por ejemplo, de producciones, de mercancías- que me las sabía de memoria porque por bruto que sea uno, al cabo de 20 años de repetirlo se lo sabe. Jamás di la impresión de que las sabía de memoria. Yo iba a clase con mi anuario estadístico y cuando llegaba al carbón decía. “Bueno, vamos a ver ¿cuánto produce tal país?”. Y hacía el teatro de buscarlo como si no lo supera, para que los alumnos comprendieran que eso no había que aprendérselo, porque está en el Anuario. Nadie se aprende la guía telefónica; uno aprende a utilizar la guía telefónica. Coge la guía telefónica y lo busca. Pues coja usted el anuario estadístico y busque. Y además, les advertía, jamás en un examen pediré una cifra. Sí puedo pedir un orden de magnitudes porque si un alumno me dice que España produce más y mejor carbón que Inglaterra, pues lo suspendo. Pero no le pido que me diga cuántas toneladas produce Inglaterra,

cuantas España. En general, me parecen una barbaridad los programas que hay en el bachillerato actual. Cuando yo he visto los programas de las materias que yo conozco algo, bueno, o bien se estudian con una superficialidad total que no sirve para nada, o bien harían falta años para lo que se despacha en un curso.

Educar no es obligar a memorizar, y conste que esto no es un mal de hoy. Hace poco, leyendo libros sobre el siglo XVIII francés, se quejaba un autor coetáneo de que a la gente se le querían meter muchas cosas en la cabeza en vez de formar su carácter y formar su personalidad y enseñarles a pensar por su cuenta. De modo que quisiera, ya de paso, pasar a otra disensión. Yo lamento, y perdonen, que estos centros se llamen Institutos de Ciencias de la Educación, porque la educación no es una ciencia, perdonen ustedes, es un arte. La educación es un arte que utiliza ciencias, un arte que utiliza técnicas... Lo mismo que el pintor recurre a la química para los colores y recurre a una serie de técnicas y el arquitecto utiliza cien técnicas...pero por encima de toda esa técnica es un arte, lo mismo que la vida, porque es preparar la vida y la vida no es una técnica, la vida no es una ciencia, la vida es un arte. Es como cuando en ciertos libros se habla de las técnicas del amor, como si el amor fuera una gimnasia. ¡Qué barbaridad!. Es un arte y yo celebraría que algún día se hablase de las artes de la vida. Es algo mucho más importante que engloba todas las técnicas que ustedes quieran, pero está por encima, es un arte la educación.

Dicho esto, intento referirme a lo que me parece más importante: cómo enseñar. Naturalmente si caemos en la trampa de la técnica, bueno, pues sería inacabable la cantidad de libros exigibles. Pero como es un arte voy a reducirlo a una pequeña fórmula. Suponiendo, claro, que uno sabe lo que hay que decir, -que esa es otra cuestión a la que referiré luego- lo que quiere que los alumnos o los oyentes se conozcan. Supuesto eso, porque sin eso no se puede hacer nada, lo primero que hay que decir es una perogrullada: eso hay que comunicarlo. Y ¿cómo se comunica? Hay un montón de técnicas, en eso no voy a entrar, pero hay una condición radicalmente esencial, hace falta amor, hace falta amor... e interpreten ustedes esta palabra con los matices que quieran pero es una palabra que lo admite todo. Hace falta afecto, hace falta interés, dedicación..., lo que quieran, pero nada en la vida se comunica a otro mejor que con un mínimo de afecto, atención, dedicación, consideración a la persona, lo que llamo sencillamente amor. Si en una clase hay ese movimiento entre profesor y clase, entonces se aprende mejor y se forma mejor, y si no lo hay, bueno, pues aprenderán los chicos de memoria lo que haga falta para pasar el examen y se olvidarán cuidadosamente en cuanto puedan. De modo que para mí, una condición básica es hacerlo cariñosamente. Tengo derecho a decirlo después de muchos años y de algunas experiencias personales y de antiguos alumnos que se me acercan por la calle todavía con afecto. Yo quería a mis alumnos, y en consecuencia los alumnos me querían a mí y eso era importante. No digo que eso lo resolviese todo, pero es fundamental. Y luego, hay que hacerlo de manera que la enseñanza no sirva para la indoctrinación, sino que sirva, al contrario, para la excitación, la provocación. La provocación a que aquél que nos oye piense por su cuenta, eche a volar con sus alas. Hay que procurar darles un empujón para que se

caigan del nido y vuelen. No para que se atengan a mi manera de volar o para que se conformen con el nido. De modo que el “cómo” se reduce simplemente a esto. “Amor y provocación”

Por eso yo advertía siempre a mis alumnos que si algún día uno llegaba a un examen oral o escrito o como fuera, y me decía: usted ha dicho en clase tal cosa sobre tal tema y yo creo que no es así, que es lo contrario o que es diferente,... daba la nota máxima. Claro, pido primero que digan lo que yo había dicho para demostrar que me han oído y que discrepan, no que ante la ignorancia inventan lo que les dé la gana. Usted primero se entera de lo que yo he dicho y luego me dice que no está de acuerdo.

En aquel tiempo de los años cuarenta, había chicos que eran antimarxistas. Y yo les decía: “Me parece muy bien que usted sea antimarxista, pero ¿tiene usted alguna idea de lo que dijo Marx? Porque, claro, sin tener una idea de lo que dijo Marx, no es lícito ser antimarxista. “Pero como en aquel tiempo los españoles teníamos que nacer antimarxistas, pues naturalmente había muchos chicos que llegaban allí y eran antimarxistas sin saber nada. Yo admito perfectamente que se sea antimarxista pero entérese usted de lo que dijo Marx. En el mismo sentido, mis alumnos pueden discrepar de lo que digo yo y si así lo creen, tienen el deber de discrepar a pesar de mi autoridad de profesor... Uno se entera y luego discrepa; me lo dice y le doy la nota máxima. Porque, sobre todo en aquel tiempo, a mí me interesaba que mis alumnos fuesen aprendiendo a ser ciudadanos y no súbditos. Y una forma de aprender era enseñarles a discutir la autoridad, empezando por la mía. De modo que por eso insisto, para mí la fórmula de muchos años es: “Amor y provocación”; aparte, claro, de los conocimientos imprescindibles.

Ahora brevemente, ¿qué tenemos que decir? A mí me parece que hay unas cuantas cosas que se deben subrayar. Primero la cuestión del puesto del hombre en el cosmos. Nuestra actitud al respecto empezó en la Edad moderna porque el hombre se sintió segregado del cosmos; se separaba del mundo, dejaba de formar parte de aquella escalera ascendente de los escolásticos, desde la piedra, la planta, el animal, el hombre y el ángel hasta Dios. El hombre se salía de la escalera y decía: “No, no: la tierra, los animales, las plantas..., e incluso Dios son míos, yo soy el rey de la creación. Me planto aquí y exploto esto como sea.” Esa actitud nos ha conducido a tragedias como la contaminación del medio ambiente... Bueno, pues, el puesto del hombre en el cosmos es formar parte del cosmos y no ser el rey de la creación, porque estamos empezando a pagar muy caro los abusos que hemos cometido con el cosmos. Una visión ecológica razonable es mucho más importante que la idea orgullosa de ser el rey de la creación.

Esta idea está ligada con otro tema, el del hombre en la sociedad, no ya en el cosmos. El problema del hombre en la sociedad lo ha resuelto nuestro sistema con algo que los economistas conocen bien, la filosofía de Adam Smith, es decir, el neoliberalismo. Lo cual, simplificando mucho las cosas, consiste en creer en algo que no es científico, sino providencial. Es una idea providencialista, es una fe. Creer en lo que el libro cuarto de las “Riquezas de las naciones” llama Adam Smith “la mano invisible”; es decir, creer

que cuando en una sociedad, en el mercado, todo el mundo actúa con el máximo egoísmo posible, con la máxima competitividad posible, arrollando como sea a los demás y llegando al máximo beneficio, existe sin embargo –dice Adam Smith_ como una “mano invisible” que a través de ese egoísmo de todos, conduce al bienestar general máximo. Pues bien, esa creencia ni se ha demostrado, ni se puede demostrar ni puede ocurrir. Ahora bien, era el modo de consolidar una sociedad concebida como un conjunto de individuos donde lo determinante es el individuo. Yo creo que de eso hay que pasar a otra idea diferente. Hay que pasar a la idea del sentido de la comunidad, que ya está en otras culturas actuales tradicionales o está en cultura santiguas. En la Edad Media, por ejemplo, la idea de la cristiandad era un sentido de comunidad. Y hay que pasar a la idea de solidaridad. Para decirlo brevemente, en la Revolución Francesa se lanzó el grito de “igualdad, libertad y fraternidad”. Pues bien, el sistema capitalista de mercado apostó por la libertad y ha conseguido mucha libertad, no lo voy a discutir (yo no condeno ese sistema por malo, sino por anacrónico, porque ya no afronta los problemas de hoy). Pero apostó por la libertad a costa de muchísima desigualdad. Mientras que el capitalismo de Estado de la Unión Soviética apostó por la igualdad y consiguió mucha, pero a costa de una tremenda falta de libertad. Lo que está por ensayar en nuestro mundo es, de verdad, la idea de la solidaridad. No una solidaridad impuesta por un Estado Opresor, que nos obliga por la fuerza de la ley y la policía, son una solidaridad nacida del interior de cada uno, interiorizada por la educación, haciéndonos sentir que somos solidarios, que estamos todos en un mismo barco, y que si algunos está muy mal, todos estaremos mal.

Por otro lado, está el problema del hombre consigo mismo y eso al sistema le interesa poco porque, como la vida interior, no se cotiza en el mercado (salvo cuando el mercado la condiciona para vendernos cosas y nos hace consumistas para que compremos de todo). De ahí un empobrecimiento de esa vida interior, que produce unos desequilibrios personales tremendos. Cada uno de nosotros, el sistema en general, se podría comparar a un árbol cargado de flores, de frutos, de hojas pero con unas raíces tremendamente débiles. La vida interior no interesa, la vida interior no se cultiva. Queremos que nos eduquen, queremos que nos hagan cultos, nos transporten, queremos que nos hagan desde fuera todo eso, cuando muchas cosas hay que saberlas hacer desde dentro. No quiero decir que tengamos que ir a pie para evitar servicios públicos, no se trata de eso. Pero se trata de no pedir tanto al sistema y en cambio tener una vida interior más completa y mejor, para evitar angustias, depresiones y para no buscar áncoras de salvación en la droga en el terrorismo o en las religiones o cultos nuevos, fantásticos, más o menos orientales. Necesitamos una vida interior más rica y eso realmente no se nos enseña aunque es indispensable para vivir.

En definitiva, esas son las ideas esenciales que a mí me gustaría que sirvieran para todo lo demás, para enseñar geometría, para enseñar matemáticas o para enseñar lo que sea. Porque se habla de objetividad y que la ciencia es objetiva. Bueno, lo primero que no es objetivo es esa tremenda preferencia por la técnica que tiene el sistema. El sistema hoy (en nuestros programas de enseñanza nos lo demuestra) está sobrevalorando lo que

se llaman las “ciencias duras”. Aquí lo que importa es que haya muchos ingenieros y muchos técnicos..., y yo estoy perfectamente de acuerdo; con la condición de que todos los medios que ofrece la técnica se sepa para que fines los queremos. Tenemos una tremenda pobreza de fines y una tremenda abundancia de medios. Y sin embargo se sobrevaloran las técnicas en todas las clases por encima del humanismo y piensen ustedes que estamos manejando o queriendo manejar la técnica del siglo XXI con todos sus pasmosos adelantos, a base de ideas del siglo XVIII, de ideas del neoliberalismo y de la política consiguiente, que basta llamarla neoliberal para darse cuenta de que no es nueva, de que es viejísima. Cuando una cosa es nueva no se llama “neo”; a algo que brota hoy no le llamamos neo. Si produce resistencia lo que estoy diciendo, especialmente a mis colega economistas, yo les diría una cosa: En lo que va de siglo, la física ha experimentado una revolución conceptual increíble, que yo no conozco ni de lejos, pero me doy cuenta de que la forma en que los físicos contemplaban la materia hace cien años no es de ninguna manera la forma en que hoy se habla de superconductores o se habla de cuantos o se habla de partículas subatómicas para contemplar esa realidad. De modo que, para algo tan permanente como las piedras, los montes, el agua, el aire..., ha cambiado por completo el modo de contemplarlo y de conceptualarlo; en cambio, para la realidad social (mucho más plástica, mucho más cambiante; pues la sociedad de hoy no es la de hace cien años, aunque el hombre de hoy se parezca bastante al de hace cien años) los sociólogos y, sobretodo, los economistas siguen tratando de aplicar ideas de hace 200 años. De modo que yo creo que esto debería hacer reflexionar y darse cuenta de que hay que cambiar los modelos de pensar, y que mientras tanto no progresaremos gran cosa. En definitiva, yo quisiera acabar subrayando que en nuestra enseñanza, en nuestras cantidades de enseñanza, materias, programas, etc., ese privilegio de la técnica sobre las ciencias humanas, sociales, es tremendo, es una obsesión y repito, no estoy contra la técnica, estoy contra el no saber bien para que la queremos y que hacemos con ella. Se inventa más y más, pero no sabemos bien para que ni con qué fin. Para mí la revolución pendiente, es la revolución de las ideas, la revolución de los conceptos y de las ideas sobre lo que somos, sobre a dónde vamos y sobre qué es lo que queremos hacer. Y en ese punto de vista, los filósofos, los lingüistas –porque los lingüistas son filósofos de otra manera-, los pensadores, los artistas, los pintores, los escritores, etc. son mucho más importantes que los ingenieros; porque son ellos lo que pueden hablar de fines y no solo de medios y eso es una tragedia. Cuando hace año y medio, no sé si recuerdo bien, el Consejo de Rectores de la Universidad Española se descolgó diciendo que para los profesores de lengua –corregidme si me equivoco- era mucho más importante aprender las técnicas lingüísticas que la literatura, a mi eso me pareció espantoso, porque donde está nuestro sentido de identidad es en nuestra literatura, porque es nuestra identidad, y no en la terminología científica, lo cual no quiere decir que yo desdeñe esa terminología, de ninguna manera, es fundamental para aprender, pero forma parte de las técnicas que deben supeditarse al arte y con eso acabo. Terminó recordando esa fórmula de amor y provocación. La enseñanza es un arte por encima de todo.